

CRÍTICA

NORA BEREND

EL CID

**VIDA Y LEYENDA DE
UN MERCENARIO MEDIEVAL**

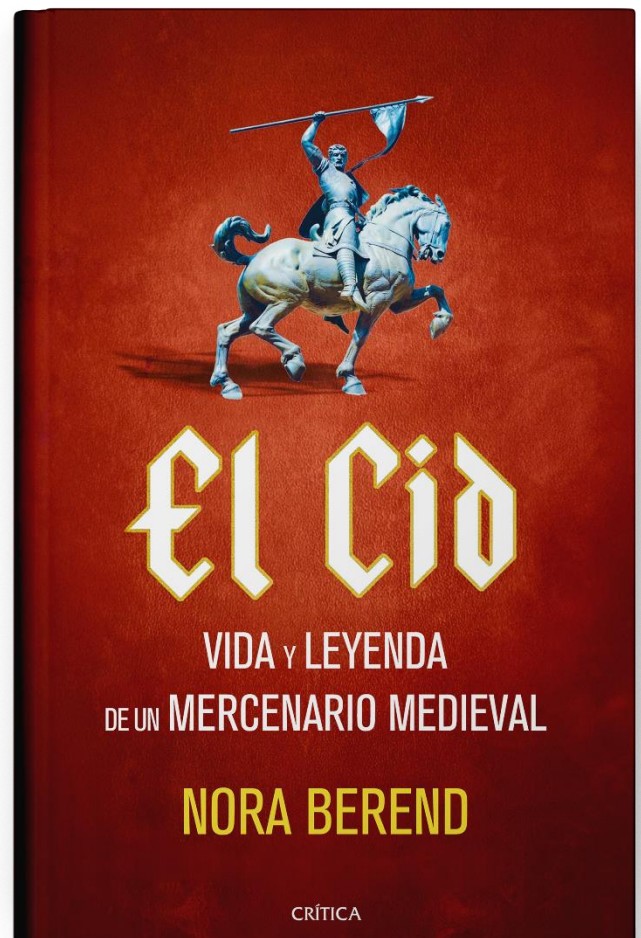
UNA BIOGRAFÍA QUE DESNUDA LAS CAPAS
DEL MITO PARA REVELAR LA FIGURA
HISTÓRICA REAL DE RODRIGO DÍAZ DE VIVAR

**A LA VENTA EL
7 DE MAYO**

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN**

**AUTORA DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

EL RODRIGO HISTÓRICO NO ERA NINGÚN FRANQUISTA, Y TAMPOCO ERA NINGÚN LORD ARAGORN. TAL Y COMO LO ENTENDEMOS EN SU PROPIO CONTEXTO, CON LAS CIRCUNSTANCIAS Y LAS RAZONES DE SU TRANSFORMACIÓN, SE HACE PATENTE QUE EL PELIGRO RADICA EN NUESTRA COMODIDAD ILUSORIA: LOS LORD ARAGORN NO TRANSITAN ESTA TIERRA, PERO LOS FRANCO SÍ.

El Cid fue quizá el guerrero más famoso de las luchas que tuvieron lugar en la Península Ibérica durante el siglo XI. Rodrigo Díaz vivió una vida muy agitada: líder militar ambicioso, exiliado y mercenario brutal, sirvió a reyes cristianos, luchó contra príncipes cristianos al servicio de gobernantes musulmanes, asaltó y mató musulmanes y, finalmente, se independizó, forjando un principado independiente. Nora Berend explora en este libro la creación de la leyenda a lo largo de los siglos y desvela quiénes participaron activamente en su elaboración. Monjes medievales, las mujeres de la familia del Cid, un dramaturgo y un historiador son algunos de los creadores del mítico Cid. Esta fascinante narración trata de explicar sus motivos y, al hacerlo, desvela las capas de la leyenda para evocar la figura histórica real ¿Cómo un hombre que luchaba indiscriminadamente contra musulmanes y cristianos pudo ser descrito, aún en vida, como un salvador cristiano enviado por Dios?

LA AUTORA



NORAH BEREND es catedrática de Historia Europea en la Universidad de Cambridge. Ha publicado numerosos trabajos sobre historia medieval y ha escrito para *History Today*, entre otras publicaciones. *El Cid* es su primer libro para el lector general. Vive en Cambridge, Inglaterra.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Este libro indagará en cómo un mercenario del siglo XI se convirtió en una estrella de fama mundial. Explorará las aparentes paradojas contenidas en la historia de un guerrero medieval que acabó siendo venerado como un santo, la personificación de las virtudes del patriotismo, un moralista y la mismísima alma de la nación española. Cuando se retiran las capas de leyenda que recubren al mayor héroe nacional español y nos encontramos con el hombre que fue un guerrero de éxito, si bien brutal y oportunista, debemos preguntarnos cómo pudo gozar de una posteridad tan formidable, cómo puede ser un héroe para personas con tan diversas convicciones políticas.»

«El relato sobre el Cid es digno de la pluma de Tolkien, es la materia de la que están hechos los hombres míticos y las leyendas. Existe, por tanto, una callada ironía en el hecho de que sea una mujer quien escriba esta crónica sobre el superhombre medieval, un aventurero militar de éxito en vida y un modelo de las supuestas virtudes masculinas tras su muerte.

¿Por qué sigue siendo importante este relato en el siglo XXI? A través de él podemos comprender no solamente aspectos significativos de la historia de España, sino también el proceso de construcción de la leyenda histórica, desde la Edad Media hasta la actual política populista. Estas leyendas consiguen penetrar en nuestra vida más profundamente que el verdadero conocimiento histórico y han ejercido una influencia desproporcionada en los pueblos, que a menudo ni siquiera son conscientes de la distancia que puede haber entre la propia historia y la leyenda mudable, el cambio constante, que se autoproclama historia.»

Sangre y oro: la época

«Para cuando Rodrigo nació, la península ibérica, que probablemente no contaría con más de cuatro millones de habitantes aproximadamente, estaba dividida entre un norte cristiano, pequeño y pobre, y un próspero sur musulmán.»

«Todos y cada uno de los gobernantes querían ganar territorio y tenían razones para temer a sus vecinos, independientemente de su identidad religiosa. Así pues, se buscaban aliados allá donde se encontraran, sobre la base de un momentáneo interés político común, más que de su credo, de modo que con frecuencia cristianos y musulmanes luchaban codo con codo contra otras confederaciones cristiano-musulmanas.»

«El siglo XI fue, por tanto, una época de gran inestabilidad en la península ibérica, un periodo en el que la vida giraba en torno a la guerra y los guerreros conformaban la élite de la sociedad. En los reinos del norte, estos caballeros en sus monturas eran dueños de fincas con tierras o se mantenían gracias al dinero que les proporcionaba el rey. Se entrenaban como jinetes y en el manejo de armas desde la primera adolescencia.

Espada, lanza, espuelas, cota de malla y casco constituían su equipamiento básico. Practicaban la violencia como modo de vida.»

El favorito del rey

«Como todos los hombres de la aristocracia, Rodrigo debió de aprender artes militares y también sabía firmar con su nombre en latín, en lo que se ha descrito como una letra bastante tosca. Sigue siendo un misterio si sabía o no leer.»

«Cuando hizo su aparición en la escena histórica, Rodrigo era ya un próspero guerrero, pues el rey Sancho II de Castilla (1065-1072) le había confiado el liderazgo de su mesnada personal, incluso en las batallas contra su propio hermano, Alfonso [...]. Rodrigo no era un simple guerrero, sino también una figura importante en la corte entre cuyos deberes se incluía el de evaluar reclamaciones legales y emitir juicios.»

Según una fuente escrita, Alfonso tenía a Rodrigo en tanta estima que le entregó a su sobrina en matrimonio. La ascendencia exacta de Jimena no está clara, pero sin duda estaba emparentada con la familia real.»

«Al parecer en 1079 Alfonso no puso reparos a las acciones de Rodrigo, pero a medida que este fue ganando autonomía, despertó la ira del rey, y en aquel punto contar con enemigos poderosos en la corte era garantía de que el monarca no tendría clemencia.»

De amigo a enemigo

«En el exilio, Rodrigo gozaba de una ventaja: su talento como guerrero, que le permitía vivir de su éxito militar. Apelando a estas destrezas, entró al servicio del rey musulmán de Zaragoza, al-Muqtadir, como comandante mercenario, a lo que siguieron cinco años en los que estuvo empleado por toda una serie de gobernantes. Hoy en día algunos académicos españoles prefieren utilizar el término “vasallo asalariado”, sugiriendo que es más acertado que “mercenario”, que se ha interpretado en ocasiones como un término moralmente condenatorio y que se usa en el lenguaje actual para referirse a las fuerzas militares privadas que operan al margen de los ejércitos nacionales. En su significado original, “mercenario” designa con precisión la función que ejerció Rodrigo en Zaragoza: un servicio militar a cambio de una recompensa material.»

«Es evidente que Rodrigo no distinguía entre amigo y enemigo en atención a su credo. Al igual que la mayoría de los hombres de la época, a él no le movía la lealtad religiosa.»

«El rey hizo caso de sus falsas acusaciones y ordenó que se confiscaran todas las tierras que Rodrigo había recibido previamente de su mano, todo su patrimonio hereditario y todo su oro, plata y otras riquezas que había acumulado. Además, su esposa e hijos fueron apresados y encarcelados.»

«Aunque Alfonso seguía siendo nominalmente protector de la taifa de Valencia, era Rodrigo quien estaba cosechando los beneficios de exprimir al gobernante valenciano, por no mencionar las otras zonas que ahora estaban de hecho bajo su control. Es del todo plausible que Alfonso empezara a considerar a Rodrigo una amenaza inmediata, decidido como estaba a ahondar en su propio poder a expensas del rey.»

Un hombre cruel

«Desaprensivo, oportunista, intrépido, un excelente guerrero y estratega militar, pero desde luego no alguien cuya principal virtud sea la lealtad a su rey ni que se sienta alentado individualmente por una ardorosa fe católica, como rezaría más tarde la leyenda. Y aunque no podamos estar seguros de que quemara vivo al juez musulmán de Valencia, como aseguraba el texto medieval árabe, ese acto estaría más en consonancia con el personaje que el acto de catapultar pan al interior de la ciudad mientras la tenía cercada para alimentar a sus habitantes, como se representa en la película *El Cid*.»

«Aun cuando en un principio se gobernó a los valencianos de acuerdo con sus tradiciones y legislación, los autores árabes contemplaron la conquista y el dominio de Rodrigo como una terrible desgracia, más que como un periodo de benévola gobernanza; le dedicaron todo un abanico de epítetos poco halagüeños. Su nombre, Rodrigo, se representa como *Rudhrīq* o *Ludhrīq*, lo que podría interpretarse como “perro enemigo”, “maldito”, “opresor” o “tirano”. Los textos también añaden devotas apelaciones a la divinidad: “Que Dios lo destruya” y “que Dios lo maldiga”.»

«En enero de 1094, Valencia estaba completamente rodeada y nadie podía entrar ni salir de la ciudad de Valencia [...]. Según una crónica, los habitantes acabaron por comerse las ratas, los perros e incluso los cadáveres para alimentarse. Aun así, Rodrigo fue incapaz de hacerse con el control de la ciudad mediante ataques directos. Por lo tanto, no solo siguió matando de inanición a los habitantes de Valencia, sino que, según una crónica, llegó incluso a ordenar que quemasen vivos a todos aquellos que salieran de la ciudad en busca de alimento.»

«Ibn Bassām definió a Rodrigo como un hombre inteligente, pero también como un tirano henchido de orgullo y avaricia, “un hombre que convirtió en su oficio encadenar presos, asolar la tierra”, porque “no hubo lugar que no saqueara”; pero también como un hombre diestro e intrépido, que conseguía salir victorioso con una reducida hueste de guerreros frente a ejércitos mucho más grandes [...]. Tenían que pagar impuestos a Rodrigo y hacer por que reinara la paz. Los que quisieran podían marcharse, pero debían hacerlo sin llevarse sus pertenencias. A pesar de tan desfavorable condición, según una de las versiones, muchos musulmanes decidieron trasladarse a otros lugares, y en sus casas se instalaron cristianos. En cambio, otra crónica musulmana contradice este extremo, afirmando que Rodrigo no causó perjuicio alguno a la ciudad ni a sus habitantes, que por lo tanto quedaron en paz, y cundió la esperanza.»

Aspiraciones regias

«En vida de Rodrigo, Valencia, el único enclave cristiano de al-Ándalus, se mantuvo firme. De haber vivido más tiempo, tal vez habría usado Valencia como base para crear un reino independiente.»

«Las crónicas de Alfonso X aseguraban que, antes de su conquista, Rodrigo había declarado que reinaría como segundo rey Rodrigo, a imagen del primer Rodrigo (Roderico, el último rey visigodo de España, que murió en la invasión del año 711), que no nació de un linaje de reyes [...]. Rodrigo dijo que la península había sido conquistada con un Rodrigo en el poder (esto es, en el 711), y que un Rodrigo la salvaría, dando a entender que quería expandir su gobierno a toda Iberia. No es posible verificar si Rodrigo hizo semejante declaración, pero lo que sí es cierto es que tenía intención de crear su propio principado, no como vasallo de Alfonso VI, sino como señor independiente. En las fluidas estructuras de poder de la época, esta era una posibilidad abierta para algunos guerreros victoriosos. Tal vez aspirara incluso a convertir, finalmente, el principado en un reino.»

«Utilizó el título de *princeps*, que en aquella época designaba a la más alta aristocracia, incluyendo a mandatarios como el conde de Barcelona. No cabe duda de que este título señalaba su independencia del rey de Castilla, al que ni tan siquiera se menciona en el diploma de donación que expidió Rodrigo al obispo y a la catedral. Ese estatus de Rodrigo como soberano se vio todavía más reforzado por los giros lingüísticos, como “nuestra excelencia” y “sublimidad”, que se emplean en el diploma para designarlo. Es más, el diploma de donación de 1098 insinúa que el obispado de Valencia era independiente de la jerarquía eclesiástica ibérica y que estaba adscrito directamente al papado; esto afianzaría aún más la autonomía del nuevo principado de Rodrigo.»

«Cuando ya estaba gobernando Valencia, Rodrigo organizó el casamiento de sus dos hijas con Ramiro, un miembro ilegítimo de la familia real navarra, y el conde de Barcelona. Con los matrimonios de sus hijas, probablemente Rodrigo pretendía reforzar los lazos con Navarra y Cataluña, y reducir la probabilidad de que Valencia sufriera un ataque por su parte, pero también pudieron tener la motivación ulterior de vincular a la familia de Rodrigo con otras dinastías en el poder.»

Cristiano a pesar de todo

«Es posible que Rodrigo confiara también en que sus reiteradas victorias frente a los almorávides le sirvieran de base para obtener el apoyo papal con respecto a un título real; al fin y al cabo, aquel fue exactamente el periodo en que el papado recurrió a los guerreros de Europa para la lucha de “reconquista” de Tierra Santa, prometiendo recompensas espirituales a cambio de matar musulmanes.»

«Aunque pasó parte de su vida al servicio de señores musulmanes, y a pesar de haber conquistado un área habitada y rodeada por musulmanes, y de que fue lo bastante pragmático como para poner a su servicio a musulmanes, el cristianismo tenía un

importante papel en el principado de Rodrigo. Según la *Historia Roderici*, tras la toma de Almenar y Murviedro, hizo celebrar una misa y construir una iglesia en cada enclave para honrar a Dios por sus victorias. En la propia Valencia, varios años después de su conquista, Rodrigo convirtió la gran mezquita en una iglesia, una práctica habitual en las ciudades que caían en manos de los cristianos, transformándola en la nueva catedral de Valencia.»

«El Cid se convirtió en un modelo en una época en la que el papado defendía la idea de un frente cristiano unido contra los musulmanes de la península ibérica, en las décadas que acabaron por desembocar en la batalla de Las Navas de Tolosa de 1212. Aquel fue un punto de inflexión en las guerras peninsulares, ya que condujo a un precipitado colapso de al-Ándalus en su mayor parte, con la excepción de Granada, para mediados de siglo.»

Un salvador enviado por la divina Providencia

«Poco antes de la muerte de Rodrigo, un documento redactado para dar testimonio de su donativo a la catedral de Valencia y a su obispo dio pie al nacimiento del mito. El diploma de donación incluye una contextualización narrativa de las gestas de Rodrigo que lo hacían protagonista de un plan divino; es la más antigua transformación, que convierte a Rodrigo en un héroe legendario. Ya no es un guerrero oportunista, sino un salvador cristiano.»

«No es de extrañar que los clérigos que redactaron el diploma que dejaba constancia de esta donación en el año 1098 no quisieran presentar al donante como un conquistador mercenario, sino como alguien enviado por la divina Providencia para restaurar el dominio cristiano. El nuevo obispo y tal vez otros clérigos de Valencia eran miembros, o al menos estaban bajo la influencia, del monacato cluniacense. Los cluniacenses constituían el movimiento monástico más importante de la época; divulgaban ideas de reforma monástica y estaban estrechamente implicados en el cuidado espiritual de las élites europeas a cambio de grandes donaciones. Los clérigos habrían estado más que dispuestos a radicar en Valencia sus privilegios, sobre unos cimientos sólidos como la roca [...]. El diploma también reivindicaba la independencia del obispado de Valencia con respecto a la jerarquía local y la consagración del obispo por parte del mismísimo papa.»

«Es más, aun después de lanzar la primera cruzada sobre Oriente y Jerusalén, el papa disuadió a los nobles ibéricos de participar, orientándolos, en cambio, hacia la lucha en la península.»

«La idea de una “restauración” o reconquista que constituyera un estímulo para los cristianos de la península fue apareciendo gradualmente, y a menudo en contradicción con la evolución de los hechos.»

«La representación de Rodrigo como un defensor de la fe cristiana no es la única, e incluso evolucionó hacia una especie de competición con Alfonso VI, y sin duda sirvió a

intereses particulares. Sin este contexto, se antojaría absurdo que los eclesiásticos medievales iniciaran la transformación de Rodrigo Díaz, el victorioso guerrero que luchó indiscriminadamente contra musulmanes y cristianos, en un héroe cristiano enviado por Dios; en el marco de su época, esta metamorfosis no carecía de parangón ni de lógica. Al clero le resultaba muy útil y, de hecho, no solo al clero de Valencia; muy pronto hubo monjes de otros lugares entre los primeros defensores del Cid. ¿Llegó Rodrigo a creerse la imagen que de él concibieron las instituciones eclesiásticas en su último año de vida? ¿Se veía a sí mismo al final como un hombre designado por Dios para luchar contra los enemigos musulmanes? ¿O bien se limitó a aceptar el tributo verbal que le ofrecían sus clérigos, del mismo modo que había aceptado el tributo en oro de los moros derrotados, porque le eran de utilidad? Son preguntas a las que tal vez nunca podremos responder.»

El Cid del *Poema*

«La viuda de Rodrigo, Jimena, decidió llevarse consigo el cuerpo de su marido y hacer que lo volvieran a inhumar en San Pedro de Cardeña; así fue como empezó la larga historia del vínculo del Cid con el monasterio. Nunca se ha explicado la elección de Jimena para la segunda inhumación de Rodrigo; la hipótesis dice que se trataba del gran monasterio más cercano a su lugar de origen. Pero los monjes no se conformaron con tener la tumba en su iglesia monástica; se tejieron en torno a Rodrigo relatos que lo vinculaban al monasterio, de forma que el lugar donde descansaba dejara de parecer accidental, sino la consecuencia de unos fuertes lazos preexistentes.»

«Si bien hay argumentos a favor y en contra de la autoría de un monje o clérigo vinculado a San Pedro de Cardeña, el *Poema de Mio Cid* describe claramente lazos muy estrechos entre el monasterio y Rodrigo en vida de este que difieren sustancialmente de la versión que da la *Historia Roderici*, la cual solo menciona su enterramiento póstumo allí. Es plausible que los monjes influyeran en el nacimiento de la epopeya.»

«El difunto Cid amarrado a su caballo que sigue derrotando a los musulmanes, una de las imágenes más poderosas que tenemos de él, es un invento de los monjes de San Pedro. A lo largo de los siglos, fueron creando un lugar de culto no solo para el Cid, sino para toda su familia e incluso para su caballo. Todo ello a pesar de que, a fin de cuentas, el Cid nunca fue canonizado.»

«El Rodrigo del *Poema de Mio Cid* es un héroe cristiano que lucha contra el enemigo musulmán, un vasallo leal a su señor, el rey Alfonso VI (aun cuando este último lo trata de forma injusta), y un orgulloso castellano. El periodo de su vida en el que prestó servicio a los reyes musulmanes de Zaragoza quedó excluido del relato. Esta es ya una imagen mucho más mítica del Cid que la que se transmite en textos anteriores.»

«La reescritura del Cid también estaba al servicio de la conquista del pasado de Castilla, como adujo David Porrinas González. Castilla logró una posición preeminente en la península gracias a las conquistas territoriales del siglo XIII. Sin embargo, el estatus recién adquirido de Castilla no contaba con un adecuado pasado glorioso que estuviera a la altura.»

Las mujeres de Rodrigo

«Las mujeres presentes en la vida de Rodrigo no se subordinaban obedientemente a sus deseos, sino que eran agentes autónomos. Jimena y sus hijas distaban mucho de ser objetos pasivos cuyas vidas dictaba Rodrigo. Si bien no hay pruebas irrefutables, es probable que sus tempranas aportaciones contribuyeran a la propagación de una versión mitificada de Rodrigo. Al fin y al cabo, una imagen abrigada, sobre todo la disculpa por cualquier mala actuación, estaba al servicio de los intereses familiares. No obstante, el público las conoce mayormente a través de la lente distorsionada que suponen las leyendas posteriores; y las hijas del Cid en la ficción llegaron incluso a convertirse en objeto del lascivo voyerismo sexual en el siglo XVI, si bien la pudorosa modestia de los siglos posteriores las rescató de tal indignidad.»

«El texto que se detiene a dar mayor detalle sobre estas mujeres es el que más les borra la personalidad. En el *Poema*, se caracteriza a la esposa del Cid, Jimena, como una “querida y honrada mujer”, y el Cid dice de ella: “Mi mujer [...] dueña es de pro”. Pero ella tiene un rol pasivo, el de rezar y esperar a su marido. Sus hijas tienen una presencia prominente en esa misma fuente, pero solo como objetos de la horrenda humillación que desencadena la represalia del Cid. El autor ni siquiera da sus nombres correctamente: la María y la Cristina históricas se convierten en Elvira y Sol. Los miembros femeninos de la familia de Rodrigo se destacan por carecer prácticamente de existencia por derecho propio en los textos que se han compuesto sobre él.»

«En este último diploma [encontrado en la catedral de Valencia], se refiere a sí misma como “Yo, Scemena, la esposa de Rodericus Didaz”. ¿Una última manifestación de lealtad? ¿O bien una muestra de que era activa cultivando el recuerdo de Rodrigo o incluso su leyenda? Sus continuados vínculos con San Pedro, tal como se desprende de la firma del abad como testigo del diploma, plantean posibilidades intrigantes sobre el papel que tuvo Jimena en la transmisión de ideas acerca del héroe.»

Ha nacido una estrella

«El primer paso hacia la fama internacional fue la preeminencia del Cid en la península ibérica como personificación del perfecto caballero. En los siglos XII y XIII, muchas crónicas ya lo habían mencionado. Seguía siendo un notable héroe guerrero cuando Granada, el último reino musulmán de la península, fue conquistada por España (1492), cuando se planeaba repetidamente una cruzada contra los otomanos, cuando se construyó el imperio español. Lo convirtieron sin más dificultad en un símbolo de la nobleza cristiana española y, por fin, en un héroe nacional. Seguían escribiéndose y reescribiéndose crónicas de España, y en el siglo xv el Cid ocupó firmemente su lugar entre aquellos a los que se citaba sin falta como caballeros ejemplares. Los libros de caballerías también reforzaron la oposición binaria entre un héroe y sus enemigos, afianzando su imagen del guerrero cristiano enemigo de los musulmanes.»

«Con la llegada de la imprenta a la península, en 1474, se pudieron difundir más ampliamente muchos textos, y el Cid se convirtió muy rápido en objeto de obras impresas.»

«El teatro recuperó los romances y leyendas, incluyendo las gestas de juventud de Rodrigo, la muerte del rey Sancho y la jura de Alfonso. Sobre el Cid se conservan veintidós piezas teatrales del Siglo de Oro, la edad dorada del teatro español.»

«El Cid llegó al siglo XX siendo ya famoso a escala internacional. A medida que su leyenda florecía hasta extremos cada vez más amplios y toda una panoplia de grupos e instituciones le sacaba provecho, fueron surgiendo las dudas sobre su misma existencia. Los académicos empezaron a rascar la costra de la leyenda, pero las reconstrucciones divergían. Con el objetivo de desenmarañar al Cid histórico del héroe legendario, se había iniciado una guerra de palabras.»

Ramón Menéndez Pidal

«En la época contemporánea, el Cid halló a su más ardiente defensor en el lugar más improbable. Un filólogo, académico literario e historiador de principios del siglo XX convirtió en la obra de su vida el ensalzamiento de Rodrigo a una posición que creía que aquel hombre merecía. Su libro sobre el Cid fue durante generaciones la obra más influyente en la materia. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) era hijo de un abogado y catedrático de Filología Románica en la Universidad de Madrid. Cosechó premios y reconocimiento internacional como académico. Puede parecer que la suya fuera una historia de éxito, pero en el fondo, según los estándares medios de la humanidad, es bastante trágica. Se propuso el idealista objetivo de redimir a su nación, y acabó convirtiéndose en un provechoso instrumento para una dictadura.»

«Lo más importante, según los argumentos de Menéndez Pidal, era que, mientras que no se sabía nada acerca de otros héroes literarios, tales como Aquiles, Sigfrido o Roldán, sobre el Cid histórico sí que había información fiable. Aunque reconocía que la realidad y la leyenda se confundían casi desde el principio, se lamentaba de que las historias escritas por los enemigos musulmanes del Cid, distorsionadas por una lente hostil, contuvieran más material que los textos cristianos previos.»

«Cuando estalló la Guerra Civil en 1936, Menéndez Pidal declaró su apoyo a la República [...], pasaron entonces una temporada en un exilio autoimpuesto; tras su regreso en 1939 a la España de Franco, pasó a estar bajo sospecha y se le privó de recuperar su posición anterior, la de director de la Real Academia Española. No obstante, su trabajo acabó por alimentar a Franco. Se convirtió en un pilar para el dictador. Menéndez Pidal no previó tal resultado, pero tampoco le opuso verdadera resistencia.»

«Él también participó en 1943 en la conmemoración del milenario, celebrando los supuestos mil años de la existencia de Castilla, con ocasión del cual habló del “carácter original” de Castilla, dando por sentada su esencia fija, cosa que encajaba sin fisuras con

las ideas de Franco. En 1947 recuperó su puesto al frente de la Real Academia, algo que habría sido imposible sin el visto bueno del régimen.»

El Cid, franquista

«La propaganda franquista pintó una imagen de una España monolítica, liberada por la “gloriosa cruzada” de Franco y que abraza el catolicismo. Considerado hoy en día a menudo como una oportunista dictadura militar sin ideología, que tomó prestados sus principios de Falange, el régimen de Franco sacralizó al Cid como una prefiguración del glorioso Caudillo.»

«Ya en 1935, el Estado Mayor español mencionaba la obra de Menéndez Pidal sobre el Cid para justificar la acción de España en el norte de África: al referirse al territorio bajo dominio español con el calificativo de “protectorado”, y no “colonia”, se suponía que se hacía una manifestación del estilo bélico español que lo diferenciaba del resto de Europa. Entonces Franco aludió a la Guerra Civil como una cruzada, una labor de reunificación nacional, una nueva Reconquista, una defensa de la patria.»

«Los libros de texto de la enseñanza secundaria entre los años 1938 y 1953, durante la consolidación del régimen, enseñaban la historia de España con el fin último de adoctrinar. El mensaje era sencillo [...]. Los musulmanes eran el enemigo común de los cristianos españoles, la reconquista frente a ellos es el origen de la completa equivalencia entre ser español y ser católico. En este relato heroico, el Cid tuvo un papel fundacional como primer líder de la Reconquista. El Cid contribuyó a los triunfos de la patria, y a los estudiantes se les enseñaba a identificarse con una serie de caballeros cristianos, desde el Cid hasta Franco.»

«Para el régimen de Franco, el Cid no solo volvió a cabalgar, sino que verdaderamente pisoteó a todos los demás. La identificación de Franco como una nueva personificación del Cid, el líder militar, el Caudillo de España, que se expresa en numerosos textos, se puso de manifiesto de forma notable en un mural encargado para el Valle de los Caídos.»

La conquista de Hollywood

«Ramón Menéndez Pidal tuvo también un papel preponderante como asesor histórico para *El Cid*, una conocida película protagonizada por Charlton Heston y Sophia Loren, realizada en la España de Franco en 1961. Como dijo el escritor español José María Pemán, “el Cid pasó de la vida real al *Poema*, del *Poema* al romance, del romance al teatro. Pero entonces se transformó en Charlton Heston”.»

«Nuevamente en línea con la devoción del historiador por su héroe, el argumento incorpora una amalgama de leyendas posteriores y la figura “histórica” queda ya distorsionada. Así, la película incluye la jura que Rodrigo impone a Alfonso, el drama de Corneille en lo concerniente a la relación entre Rodrigo y Jimena, y también la leyenda

de San Pedro de Cardeña, según la cual el Cid ganó su última batalla siendo un cadáver, a lomos de Babieca.»

«Tanto si los realizadores lo hicieron de forma intencionada como si no, se puede ver un paralelismo implícito entre el Cid de la película y Franco, con el que se da a entender que este último era una figura heroica que luchaba por el bien común, tanto para unificar España como para protegerla (a España y a Europa) de los invasores [comunistas].»

«La película blanqueó los actos de Franco y pretendía hacer creer que su causa era justa y noble. No obstante, logró su objetivo de forma tan eficaz que los espectadores posteriores acabaron creyendo que el Cid verdaderamente era partidario de la coexistencia pacífica y la tolerancia. El Cid del filme, si bien fue concebido para justificar a Franco y transformarlo en un personaje compasivo y aceptable para los habitantes de los países democráticos, al final se vengó convirtiéndose en un héroe multicultural, lo opuesto al unificador nacional cristiano de Franco.»

Hacia el siglo XXI

«Con la democratización de España tras la muerte de Franco, el Cid, un importante emblema del pasado régimen, perdió el favor de los círculos oficiales, convirtiéndose en un personaje vergonzoso para muchos españoles debido a su destacada vinculación con la dictadura criminal de Franco. Hoy en día muchos reniegan de la imagen blanqueada del humanitario amante de la paz que da de comer a los habitantes de todas las ciudades a las que está asediando. Pero el Cid dista mucho de estar muerto y enterrado, y de hecho, pasado un tiempo a finales del siglo XX tras la muerte de Franco en 1975, ha vuelto a ponerse de moda.

Esto tiene que ver en parte con el orgullo local que se extiende por los lugares a los que se le ha vinculado, al turismo o a una costumbre poco meditada de recurrir a la tradicional figura heroica. Otros, en cambio, lo están utilizando una vez más como modelo. No es de extrañar que esto suceda de forma más notable dentro de la extrema derecha, ante la que el Cid se presenta como un precursor medieval para los supremacistas blancos, liderando una guerra vital contra los musulmanes y los “migrantes”. Sin embargo, lo que resulta más asombroso es que se hayan multiplicado también los intentos de rehabilitarlo para una causa más noble.»

«La transformación del Cid en aras de las ideologías bienintencionadas no es el verdadero antídoto para las reivindicaciones franquistas y su renacimiento derechista. Por muy buenas intenciones que haya, puede que sea incluso más peligroso tratar de reconfigurar al Cid como un héroe multicultural. El mito de la convivencia, una coexistencia más o menos armónica entre cristianos y musulmanes en la península, se podría oponer al de la Reconquista, pero no deja de ser un mito. Si por un lado enseñar la verdadera historia del siglo XI y el lugar que Rodrigo Díaz ocupó en ella sería sin duda beneficioso, por el otro los intentos de la izquierda por limpiar su imagen y hacerlo pasar así por un símbolo inapropiado de la derecha y de la extrema derecha no funcionan. No solo porque el mito no se puede blanquear de esa forma; no solo porque, al fin y al cabo,

muchos intentos de compensar el desequilibrio acaban por retratarlo bajo una luz favorecedora, sino porque esa estrategia ya se ha intentado y ha fracasado [...]. El “Himno de Riego”, que pasó a ser el himno nacional republicano, llamaba a los liberales, a los que pronto verían como republicanos todos, “hijos del Cid”; [durante la Guerra Civil] los republicanos ensalzaron al Cid, asesino de musulmanes, en contraste con la confianza de Franco en las tropas marroquíes. El paralelismo era demasiado perfecto: una lucha contra los invasores del norte de África requeridos por los nacionales.»

Fascinación y repugnancia

«Recuperar, aun bajo un aspecto modificado, al Cid prefranquista no eliminará la apropiación actual por parte de la derecha. Defensor de la democracia y contrario a una nación católica monolítica; coexistiendo en paz con los musulmanes y aprendiendo de ellos, no como un supremacista furibundo con intención de exterminar a los musulmanes; sino como una persona compasiva que daba lo mejor de sí misma en tiempos difíciles. Estos retratos sencillamente mantenían viva la leyenda. Y como en la raíz de todo relato hay una época histórica de guerras sangrientas, no será posible poner distancia entre el Cid y la violencia. Lo que España y el mundo necesitan no es otro héroe salpicado de sangre, sino un gobierno racional y consensuado.»

«El Rodrigo histórico no era ningún franquista, y tampoco era ningún lord Aragorn. Tal y como lo entendemos en su propio contexto, con las circunstancias y las razones de su transformación, se hace patente que el peligro radica en nuestra comodidad ilusoria: los lord Aragorn no transitan esta tierra, pero los Franco sí. Cuando convertimos en héroes a figuras históricas, las líneas entre la realidad y nuestros sueños se difuminan, pero la primera, por muy oculta que permanezca, tiene un legado que alcanza mucho más lejos. La fama del Cid se basa en última instancia en la glorificación del asesinato; esto siempre se puede reivindicar como el punto de partida de la adoración por parte de los nuevos públicos.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

